

## **Dios existe y no eres tú, ¡relájate!**

En el mes de enero estaba haciendo mis ejercicios espirituales anuales, cuando una expresión que nos dirigió el predicador me llegó al alma de una forma especial: «Dios existe y no eres tú; ¡relájate!»... Acaso aquellas incisivas palabras nos puedan ayudar a todos a acoger la llamada a la conversión que Jesús de Nazaret realizó al comienzo de su vida pública, y que la Iglesia reitera al inicio de la Cuaresma: «Convertíos y creed en el Evangelio».

Estamos ante una invitación a descubrir a Dios como el sentido último de cuanto existe y acontece. No se trata de creer en Dios al modo de una convicción teórica, sino de comprender que la existencia de Dios funda el sentido de la totalidad de la vida. El caso del beato Carlos de Foucauld (S. XIX-XX) es significativo para entender lo que quiero expresar. En un primer momento, él vive de espaldas a Dios; posteriormente comienza a orar diciendo: «Dios mío, si existes, haz que yo te conozca»; para terminar concluyendo: «Desde que me enteré de que Dios existe, mi vida ya no tiene sentido sin Él».

Es importante tener en cuenta que, además del 'ateísmo teórico', que niega la existencia de Dios, existe también un 'ateísmo práctico', propio de quien vive la vida sin ninguna coherencia con la fe que profesa; es decir, como si Dios no existiera. Estos ateos prácticos no se han percatado de que, puesto que Dios existe y es creador y señor de todas las cosas, está presente y actúa en el mundo, en nuestras vidas, en sus vidas... En realidad, la frontera entre la creencia y la increencia no es abstracta, sino existencial. Lo determinante no es creer que Dios existe, sino que yo existo para Dios, y que soy su hijo amado, irremplazable para Él.

Ocurre que la ausencia de fe en Dios (sea en la forma de ateísmo teórico o práctico) genera un gran cansancio. Es un hecho que el hombre moderno se siente muy cansado, incluso agotado (aunque en realidad no es un cansancio proporcional a su trabajo). Existe un cansancio existencial, que es la consecuencia de no haber encontrado sentido a la vida. Es lo que los clásicos designaban como la 'acedia'. ¡Es agotador pretender ser dioses! Es extenuante pretender tener el control último sobre nuestra propia vida, olvidando la existencia de una providencia que nos cuida y nos conduce. La falta de un sentido último de la vida se traduce en una dispersión agotadora, provocada por la falta de unidad interior. Quizás sea por esto, por lo que Jesús nos hizo aquella inolvidable invitación en el Evangelio: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28).

Se trata de que nos percatemos de que solo Dios es Dios, y de que nosotros no lo somos. Y si nosotros no somos Dios, el resto de las cosas por las que tanto nos preocupamos, tampoco lo son. Una grandísima parte de nuestros sufrimientos, preocupaciones y agobios nacen de haber puesto nuestro ego en el centro del universo. La confianza en Dios es fuente de paz, mientras que la desconfianza es estresante.

Pues bien, llegados a este punto, podemos concluir que en la llamada de Cristo a la conversión, se conjugan, como una sola, dos invitaciones: adoración y abnegación; es decir,

poner a Dios en el centro, y relativizarnos a nosotros mismos. Como dice Éloi Leclerc: «Si aprendiésemos a adorar, atravesaríamos la vida con la tranquilidad de los grandes ríos».

Ahora bien, la adoración no consiste solamente en acudir a una capilla de adoración perpetua, sino en tomarse en serio la abnegación interior que se requiere para que Dios sea realmente el centro de nuestra vida. Abnegarse no es otra cosa que arrinconar nuestro amor propio y educar nuestra sensibilidad en la santa indiferencia ignaciana.

Me permito concluir esta Carta cuaresmal con una propuesta práctica sobre cómo ejercitarnos en esa purificación interior, tan íntimamente ligada a la adoración. La tradición cristiana ha propuesto en el inicio de la Cuaresma la tríada: oración, ayuno y limosna. La abnegación más agradable a Dios, será sin duda aquella que más nos ayude a ser libres para la adoración y el ejercicio de la caridad.

Pues bien, ¿no sería, tal vez, especialmente adecuada para esta Cuaresma la abnegación referida al buen uso de la tecnología? ¿Cuántas personas sufren al sentirse atrapadas por la adicción al juego online de las casas de apuestas, a la pornografía en Internet, o al simple uso compulsivo de los teléfonos móviles; hasta el punto de alterar gravemente sus relaciones personales? Necesitamos recuperar nuestra libertad para poder adorar a Dios y para poder servir al prójimo.

Es un hecho que las nuevas tecnologías de la comunicación son un buen siervo, pero un malísimo señor. La herida narcisista que llevamos dentro de nosotros es explotada de forma cruel desde las adicciones tecnológicas, haciendo de nosotros unos esclavos postmodernos fácilmente manipulables. No en vano, la dictadura más consolidada es aquella que consigue que los esclavos sientan placer en serlo.

Pero volvamos a la tesis de partida: la Cuaresma es una oportunidad inmejorable para redescubrir la llamada que nos hace Jesucristo: «Convertíos y creed en el Evangelio»; es decir, «Dios existe y no soy yo». Estamos llamados a vivir en la confianza en Dios (« ¡relájate!»), pero no al modo narcotizante de la Nueva Era, sino fundados en la tríada cuaresmal: adoración, abnegación y ejercicio de la misericordia.